

**John Addington Symonds. *A Problem in Greek Ethics*¹.
¿El Erótico de Plutarco reducido a algunas notas a pie de página? ¿Por qué?²**

Pau Gilabert Barberà³
Universitat de Barcelona

Cumple reconocer que, aun situándome en el apartado que los congresos de la International Plutarch Society reservan a “Plutarco en la Tradición Clásica”, mi comunicación, en los términos en que la planteo, puede parecer intrascendente e incluso extemporánea. Y, sin embargo, espero poder demostrar que, en una obra pionera y valiente en relación al análisis de la pederastia griega en época victoriana como *A Problem in Greek Ethics* de J. A. Symonds (1840-93), *El Erótico* de Plutarco no podía ser en absoluto una referencia secundaria para quien aspira no sólo a afirmar la paradójica naturaleza ética del llamado “vicio griego”⁴, sino incluso a razonar su existencia. En efecto, Symonds reclama la atención de médicos y juristas sobre el hecho de que Grecia es el único ejemplo de civilización altamente desarrollada que no sólo toleró las pasiones homosexuales, sino que incluso las dotó de un valor espiritual e intentó utilizarlas en beneficio de la sociedad. A su entender, se trata de un fenómeno de uno de los períodos más brillantes de la cultura humana y, por consiguiente, juristas y psiquiatras deberían acercarse a él con amplitud de miras y sin aplicarle criterios posteriores (1).

¿Qué entiende Symonds por “pasiones homosexuales”? Symonds se apresura a puntualizar que, en los poemas homéricos, en el llamado período heroico, no hay rastro alguno de esta pasión, pero recuerda acto seguido que los griegos del período histórico eligieron ya la amistad Aquiles-Patroclo como ideal del amor masculino. Protegido, pues, ante la estricta moral victoriana con tan noble ejemplo, una definición clara y tajante ya no debería escandalizar a nadie:

“Fue una emoción poderosa y masculina en la que no había afeminación y que en modo alguno excluía las sensaciones sexuales ordinarias. El compañerismo e la batalla y la caza, en los asuntos público y privados de la vida, era la comunión propuesta por los amigos aquileos –no la lujuria o los placeres que ofrecía la

¹ 1971, reedición de la del 1901 (publicado, empero, por primera vez en 1883); el número de página o páginas señalado entre paréntesis corresponderá siempre a esta edición (las traducciones son mías). Symonds editó de manera privada en 1883 diez ejemplares de su estudio, que fue revisado e incluido como apéndice en la primera edición de *Sexual Inversion* de Ellis en 1897. En 1901 apareció la edición antes mencionada de cien ejemplares con el subtítulo siguiente: *An Enquiry into the Phenomenon of Sexual Inversion Addressed Especially to Medical Psychologists and Jurists*.

² Este trabajo fue publicado en inglés en *The Statesman in Plutarch's Works. Volume I: Plutarch's Statesman and His Aftermath: Political, and Literary Aspects* (edited by Lukas de Blois, Jeroen Bons, Ton Kessels & Dirk M. Schenkeveld). Leiden · Boston: Brill, *Mnemosyne Supplementa*, 2004, pp. 297-307.

³ Profesor titular del *Departament de Filologia Grega de la Universitat de Barcelona. Gran Via de les Corts Catalanes 585, 08007 Barcelona*. Telf: 934035996; fax: 934039092; correo electrónico: pgilabert@ub.edu; página web personal: www.paugilabertbarbera.com

⁴ Así se refiere a él Clive Durham en *Maurice* de E. M. Forster, cuando arremete contra todos aquellos a quienes sabe incapaces de comprender su amor por Maurice Hall: “*I'm a bit out of law, I grant, but it serves these people right. As long as they talk of the unspeakable vice of the Greeks they can't expect fair play*” (London: Penguin Books Edition, 1972, p. 84).

atracción femenina. La unión era a un tiempo más espiritual y infundía más energía que la que unía a hombre y mujer”.

“It was a powerful and masculine emotion, in which effeminacy had no part, and which by no means excluded the ordinary sexual feelings. Companionship in battle and the chase, in public and in private affairs of life, was the communion proposed by Achilleian friends –not luxury or the delights which feminine attractions offered. The tie was both more spiritual and more energetic than that which bound man to woman” (3).

Con todo, en materia sexual, a Grecia se la conoce por algo más que su espiritualidad, de manera que con igual contundencia afirma que, muy pronto en la Historia de Grecia, la pederastia, entendida como pasión sensual, devino una institución nacional. Así lo testimonian, en efecto, las tradiciones mitológicas y las narraciones legendarias relacionadas con la fundación de ciudades, al igual que las costumbres primitivas de las tribus dorias (4). Después de señalar que la generalidad de los griegos situó el origen de la pederastia en Creta, donde se localiza la leyenda de Zeus y Ganimedes⁵, para pasar de Creta a Esparta y de Esparta a toda Grecia, Symonds se inclina por la procedencia oriental de la forma más cruda de la pederastia griega, puesto que Creta, junto con Chipre, constituía uno de los enlaces principales entre Fenicia y Grecia (5). Sea como fuere, el interés principal de Symonds es abordar la influencia que la sección dórica de la familia helénica pudo haber ejercido en el desarrollo de la pederastia. Propone, pues, una tesis, pero reconoce al mismo tiempo que *“the position thus stated is, unfortunately, speculative rather than demonstrable”* (18). De acuerdo con esta tesis, los dorios, en su migración a Lacedemonia y Creta, introdujeron la pederastia heroica. Los guerreros dóricos para quienes el campo devino su país, sin mujeres, inspirados por la memoria de Aquiles y recordando a su ancestro Hércules, tuvieron la oportunidad especial de elevar la camaradería al rango de entusiasmo:

“Estas circunstancias, al conjugar las virtudes de la simpatía con la ternura y la debilidad por la belleza, la protección de los jóvenes y las cualidades correspondientes como la gratitud, la autodevoción y una relación llena de admiración... pueden haber tendido a cimentar uniones entre hombres con no menos firmeza que la unión matrimonial... Luchando y buscando provisiones juntos”.

“These circumstances, by bringing the virtues of sympathy with the weak, tenderness for the beautiful, protection for the young, together with corresponding qualities of gratitude, self-devotion and admiring attachment... may have tended to cement unions between man and man no less firm than that of marriage... Fighting and foraging in company” (17)⁶.

Symonds, además, muestra especial cuidado en no ocultar la existencia de formas en su opinión no honorables de amor masculino⁷. Planteadas así las cosas, parecería que

⁵ Ésta es la referencia exacta de Symonds: *“Laws. I. 636. Cp. Timaeus, quoted by Ath., p. 602. Servius. ad. Aen. X. 325”* (4).

⁶ Véase también p. 62.

⁷ Y, por supuesto, cumple contrastar sus teorías con un clásico sobre la homosexualidad griega como *Greek Homosexuality* de Dover, K. J., (1978), pero también con Buffière, F., (1980); Dowling, L., (1994); Flacelière, R., (1971); Halperin, D., (1990); Marrou, H. I., (1948) y Sergeant, B., (1984).

abjura de la antes afirmada naturaleza ética de la pederastia helénica, pero, como hemos visto, a su juicio es precisamente en Grecia donde tiene lugar su transformación, de tal suerte que no debe confundírsela con una mera forma asiática de lujuria (5). Efectivamente, se habla siempre de dos formas de pasión masculina, una noble y otra vil⁸, de igual forma que se adora a Eros bajo dos advocaciones: el uránico o celestial y el pandémico o vulgar –como sucede también con Afrodita. *A Problem in Greek Ethics* tiene una clara vocación pedagógica y exegético-apologética, de manera que Symonds, más enérgico que nunca, especifica que “de la forma más vulgar de la pederastia me ocuparé poco en este ensayo” (“with the baser form of pederastia I shall have little to do in this essay” -7) y que hablará de “Amor Griego” (“Greek Love” -8) entendiéndolo como “una unión apasionada y entusiástica que pervive entre el hombre adulto y el joven, reconocida por la sociedad y protegida por la opinión, que, si bien no libre de sensualidad, no degeneró en mera licenciosidad” (“a passionate and enthusiastic attachment subsisting between man and youth, recognized by society and protected by opinion, which, though it was not free from sensuality, did not degenerate into mere licentiousness” -8).

Obsérvese que, de esta segunda parte de una misma definición, se ha excluido aquella referencia anterior a los “delights which feminine attractions offered” así como a la naturaleza “more spiritual and more energetic” que distingue en positivo la unión de un hombre con otro hombre de la que mantienen hombre y mujer. Huelga decir que la medida parece de todo punto procedente, pero yo destacaría lo que constituye ya, si acierto en mi sugerencia, un ejemplo revelador de la Filología interesada -consciente o inconscientemente-, con que Symonds se “aproxima a” y “se aprovecha de” algunos textos clásicos como *El Erótico* de Plutarco. En realidad, no lo ha citado aún, pero los tradicionales y arbitrarios binomios lujuria-mujer y espiritualidad-varón recuerdan sospechosamente la brutal apología pederástica que Plutarco pone en boca de Protógenes y que convendría reproducir ahora:

‘Nada relacionado con el gineceo (τῆ γυναικωνίτιδι) participa del verdadero Eros... la necesidad que hombre y mujer sienten de darse mutuamente placer forma parte de lo natural, pero, cuando, debido a su fuerza e ímpetu, el impulso que les mueve a ello deviene excesivo e irrefrenable (πολλὴν καὶ δυσκάρηκτον) no conviene llamarlo Eros. Éste, nada más adueñarse de un alma joven y con talento (εὐφυοῦς καὶ νέας), tiene por fin el logro de la virtud (ἀρετὴν) a través de la amistad (διὰ φιλίας), mientras que el saldo del deseo (ἐπιθυμίαις) sentido hacia la mujer es... el goce de su juventud y de su cuerpo (ἀπόλαυσιν ὥρας καὶ σώματος)... si a esta pasión (πάθος) debemos llamarla también Eros, tengámoslo por afeminado y bastardo (θηλιν καὶ νόθον)... existe un único y auténtico Eros. Se trata... del inspirado por los adolescentes (παιδικός)... lo verás sobrio y entero (λιτὸν... καὶ ἄθροπτον) en las escuelas de filosofía (ἐν σχολαῖς φιλοσόφοις), o quizá en los gimnasios y palestras (γυμνάσια καὶ παλαίστρας)... En cambio, ese otro Eros blando y casero (ὕγρον... καὶ οἰκουρὸν) que pasa los días en los senos y lechos de las mujeres (ἐν κόλποις... καὶ κλινιδίοις) y que persigue constantemente una vida muelle (τὰ μαλθακὰ) debilitada por placeres ajenos a la virilidad, la amistad y la inspiración (ἡδοναῖς ἀνάνδροις καὶ ἀφίλοις καὶ ἀνευθουσιάστοις), ése merece la pena

⁸ La prueba la encuentra Symonds en “Max. Tyr. Dissert, IX” (7).

proscribirlo... La amistad (φιλία) es un sentimiento noble y propio de ciudadanos (καλὸν καὶ ἀστεῖον), mientras que el placer es común a todos e indigno de un hombre libre (κοινὸν καὶ ἀνελεύθερον)⁹.

Pocos equipararían hoy de manera sistemática homosexualidad con afeminación y, en consecuencia, la imagen de un homosexual de época victoriana como Symonds seducido por la hipervirilidad del Amor Griego, hasta el punto de verse reflejado y amparado en él, resulta tan creíble como lógica. Tajante contra la *malachía*, sintoniza a buen seguro en su fuero interno con este amor noble defendido por Protógenes, enemigo del gineceo, sobrio, entero y creador de virtud por medio de la amistad, aunque sólo fuere porque lo libra de cualquier sospecha de connivencia con lo que hoy en día sería la cota de feminidad asumible por cualquier varón. Y la sospecha que justificó la cita anterior era, además, retórica, puesto que, después de pasar revista a todo tipo de textos –tragedia, comedia, poesía, filosofía, etc.- que le permiten afirmar: a) la existencia entre los griegos de un código de honor para distinguir las formas nobles de la pederastia de las vulgares, b) su preferencia por el amor masculino, y c) la creencia en la posibilidad de afecto permanente entre hombres, etc., pasa a presentar reiteradamente a lo largo de su obra las razones sociológicas de una tal predilección:

“Basta para nuestro propósito recordar que las mujeres atenienses libres estaban comparativamente faltas de educación y de interés... Mientras que los hombres hacían transacciones comerciales y gozaban de la vida en público, las esposas y las hijas permanecían recluidas en el hogar... Eran tratadas a lo largo de sus vidas como menores de edad ante la ley... los matrimonios en Atenas eran por regla general... un acuerdo entre los padres de la novia y el novio, y los motivos que inducían a un hombre a casarse eran menos el deseo de buscar compañía que el deseo natural de tener hijos y un sentido del deber ante el país. Demóstenes, en su discurso contra Neera, declara: ‘Tenemos cortesanas para nuestros placeres, concubinas para las demandas del cuerpo, y esposas para la procreación legal’. Si hubiera hablado en un simposio en lugar de ante un jurado, podría haber añadido, ‘y jóvenes para la camaradería intelectual’ (33) y, en “país” (“*country*”) hallamos el 1 de la nota a pie de página que dice así: “véanse curiosos pasajes en *Plato, Symp.*, p. 192, *Plutarch, Erot.*, p. 751; and *Lucian, Amores*, c. 38” (“*See the curious passages in Plato, Symp.*, p. 192, *Plutarch, Erot.*, p. 751; and *Lucian, Amores*, c. 38”)

“It is sufficient for the present purpose to remember that free Athenian women were comparatively uneducated and uninteresting... While men transacted business and enjoyed life in public, their wives and daughters stayed in the seclusion of the household... They were treated throughout their lives as minors by the law... marriages at Athens were usually matches of arrangement between the fathers of the bride and the bridegroom, and that the motives which induced a man to marry were less the desire for companionship than the natural wish for children and a sense of duty to the country. Demosthenes, in his speech against Naera, declares: ‘We have courtesans for our pleasures, concubines for the requirements of the body, and wives for the procreation of lawful issue’. If he

⁹ 750C-751B -la traducción es mía siguiendo la edición de R. Flacelière. *Plutarque. Dialogue sur L'Amour*. Paris: *Les Belles Lettres*, 1980; *idem* en lo tocante a todas las citas del *Erótico*. Véase también p. 57 cuando alude a los *Amores* de Luciano donde Calicrátidas defiende la misma tesis que Protógenes. También insiste en la misma idea a propósito del Arte Griego en la p. 66.

*had been speaking at a drinking-party, instead of before a jury, he might have added, 'and young men for intellectual companions' (33)*¹⁰.

Por consiguiente, Symonds no sólo ha leído la apología pederástica, notablemente misógina, del Protógenes del *Erótico*, sino que, a lo largo de *A Problem in Greek Ethics*, es este diálogo el que le nutre de insignes ejemplos de amor masculino heroico: Hércules, en cuyos innumerables amores se percibe siempre una nota de compañerismo marcial (10)¹¹; Antileón de Metaponto, enfrentándose a la tiranía por amor a un bello adolescente (12)¹²; Epaminondas y sus dos amados, Asópico y Cafisodoro, el segundo de los cuales murió con él en Mantinea y fue enterrado a su lado (20)¹³, o también uno de los hijos de la Níobe de Sófocles quien, recibido el impacto de las flechas y acechándole ya la muerte, invoca el auxilio de su amante (29)¹⁴, etc. En todos ellos podríamos decir con él que, en verdad, “*effeminacy had no part*”, pero también es cierto que, aunque Symonds lo silencie –lo que confirmaría su lectura interesada-, Plutarco presenta numerosos ejemplos de amor heroico femenino hacia los esposos: la historia de la gálata Cama autoinmolándose para poder vengar la muerte de su esposo Sínato¹⁵, la de Empone a quien el emperador Vespasiano ordena ejecutar por haber unido su destino al de su esposo Civilio, caudillo de una revuelta gala en contra de su autoridad¹⁶, o el más conocido de Alcestis¹⁷.

Se percibe, por consiguiente, el peso de las airadas palabras de Protógenes tanto en el rechazo casi enfermizo de Symonds de lo que él considera “amor afeminado”¹⁸ como en su creencia en el valor más espiritual y enérgico del amor entre hombres. Pero es impensable, por otra parte, que este ilustre investigador sea realmente consciente de las consecuencias lógicas de semejante planteamiento. En efecto, si el único amor o *éros* verdadero es el pederástico, dado que es un sentimiento noble propio de ciudadanos libres cuya finalidad es ganar –“cazar”- para la virtud a jóvenes con talento, habrá que concluir que, para Protógenes, el amor matrimonial imprescindible para la perpetuación de la especie, no sólo no es un sentimiento noble propio de un ciudadano libre, lo que prácticamente equivale a decir que es contrario a la naturaleza (*parà phýsin*), sino que incluso debería ser contrario a la ley (*parà nómon*). Es verdad que Protógenes no habla de Ética, pero distingue el amor “noble” del que no lo es, al tiempo que asegura que la “nobleza” es firme y vive en espacios masculinos como las palestras y los gimnasios donde se cultiva la fortaleza del cuerpo, o en las escuelas de filosofía donde se procura

¹⁰ Véase también páginas 51, 53-54 y 68-69.

¹¹ En nota a pie de página: “Plutarch, *Eroticus*, cap. XVII, p. 761, 40, Reiske” (761E).

¹² En realidad, ésta es la única ocasión en que Symonds cita *El Erótico* no en nota a pie de página, sino en el texto; dice así: “*In order to illustrate the haughty temper of Greek lovers, the same author, in his Erotic Dialogue, records the names of Antileon of Metapontum, who braved a tyrant in the cause of a boy he loved* (Cap. XVI, p. 760 21)” (12) (760C).

¹³ 761D.

¹⁴ 760D.

¹⁵ 768B-D.

¹⁶ 770D-771E. Tan sólo al final de su estudio aclara Symonds que, del conjunto de datos presentados, no debe concluirse que las mujeres, tanto en Atenas como en Esparta, no jugaran un papel importante en el hogar y la familia, y añade: “*The women of Sophocles and Euripides, and the noble ladies described by Plutarch, warn us to be cautious in our conclusions on this topic*” (64).

¹⁷ 761F.

¹⁸ Como en las páginas 35-36 a propósito de los *Amores* de Luciano.

el desarrollo de la mente. La mente y el cuerpo masculinos son a su vez firmes y vigorosos, mientras que el cuerpo femenino es blando y muelle, de manera que son los rasgos de la anatomía masculina los que devienen definidores de la nobleza ética, mientras que los de la femenina son estigmatizados para pasar a ser sinónimos de molición intelectual y moral. ¿Fue consciente Symonds de que la Cultura Occidental ha sexualizado la Ética o, para ser más precisos aún, la ha masculinizado, de tal suerte que el género femenino detenta en exclusiva, por decirlo así, la penumbra moral, cuando, evidentemente, la Ética carece de sexo alguno? En mi opinión, probablemente no, ya que la exaltación victoriana de la mujer, augusta, venerable y digna esposa y madre – con la reina Victoria como estandarte- impide la constatación efectiva de un vicio intelectual subyacente, tan antiguo como nefasto: la misoginia o, al menos, la secular desconfianza respecto de la capacidad noética –y por extensión ética- de la mujer.

Sea como fuere, convencido de la singularidad del Amor Griego, de su naturaleza plenamente ética y de su valor espiritual y social, es lógico que Symonds acuda al *Erótico* de Plutarco en busca de material valioso con que ejemplificar la experiencia completamente viril –la suya al fin y al cabo, además de la matrimonial¹⁹- del amor masculino. Pero el escritor de Queronea está lejos ya de la exaltación platónica de la pederastia filosófica²⁰ y, aunque su diálogo se inclina de nuevo por una concepción platónica del amor²¹, no es menos cierto que lo escribe a finales del siglo I y principios del II después de Cristo y, en consecuencia, en él se deja sentir ya el peso de la lógica aristotélica. Su principal interés, efectivamente, es el de demostrar la “incoherencia” de atribuir en exclusiva *éros kai philía* al amor pederástico, cuando hombre y mujer poseen la misma virtud, de modo que no hay razón alguna para discriminaciones absurdas. De hecho, Plutarco antepone el valor del matrimonio al de la pederastia, lo que significa que su *Erótico* contiene mucha más información que la que Symonds deja entrever con sus citas a pie de página. O, dicho en otros términos, aunque él asegure que “*with the base form of paderastia I shall have little to do in this essay*”, y aunque Plutarco le haya brindado ejemplos insignes de amor masculino heroico con que defender tanto su tesis como de hecho su propia experiencia amorosa, el filósofo de Queronea, menos propenso que él a hacer distinciones entre lo noble y lo vulgar, razona y denuncia lo que a su juicio constituye el aspecto más sórdido de la pederastia, pues sólo así el fiel de la balanza se situará en la vertical de un juicio ecuánime. En efecto, los apologetas del matrimonio del *Erótico*, a los que Symonds no parece prestar atención, aseguran que: a) el amor masculino también es blando y afeminado²²; b) persigue el placer²³; c) implica *hýbris*²⁴; d) provoca derramamiento de sangre²⁵; e) es inconstante²⁶ y f) sus excesos son aún peores que los del amor femenino²⁷.

El uso ecuánime del *Erótico* de Plutarco como fuente de información para un estudio sobre el Amor Griego exigía sin duda la explicitación de esta larga serie de reservas sobre su naturaleza ética. Symonds puede haber pensado que el hecho de

¹⁹ Véase al respecto: Grosskurth, P., (1964 y 1984).

²⁰ Aunque Symonds opina que semejante exaltación corresponde realmente a Sócrates (48).

²¹ Véase, p. e., p.765B.

²² 751E.

²³ 752A.

²⁴ 768E

²⁵ 768F

²⁶ 770B

²⁷ 769B

reconocer la existencia de “*base forms of pederastia*” le eximía de mayores precisiones, pero es harto evidente que la voluntad de Plutarco, aunque no coincida con la suya, es la de presentar el necesario correctivo a la injusta e ilógica atribución en exclusiva al amor pederástico de *éros kai philía*. Él no habla lógicamente de la marginación social de la mujer en los términos propios de la sociología contemporánea, pero lamenta, y mucho, su marginación intelectual –y, por extensión, espiritual. Piensa ya en ella como educadora de la sociedad, puesto que posee la misma virtud (*areté*) que el hombre –cínicos y estoicos, por ejemplo, lo afirmaron solemnemente-, y conviene recordar que la virtud es, desde hace ya mucho, una ciencia que debe aprenderse y que es susceptible de ser enseñada –y el talento es imprescindible en estas lides. La aspiración lógica es, pues, que *gyné* se convierta también en verdadera interlocutora y compañera intelectual del hombre, a la búsqueda del bien común y empeñados ambos en la formación de los ciudadanos. Ésta es su tesis:

‘Así, pues, afirmar que la mujer no participa en modo alguno de la virtud es sin duda absurdo. Por otra parte, ¿qué necesidad hay de mencionar su sensatez e inteligencia, y aun su fidelidad y sentido de la justicia, cuando son muchas las que han demostrado valor, coraje y generosidad? Y, por supuesto, afirmar que su naturaleza es noble en todo lo demás, pero acusarlas de estar únicamente incapacitadas para la amistad es de todo punto indigno. Ellas aman a sus hijos y esposos, su cariño se asemeja a un suelo fértil dispuesto a recibir el germen de la amistad, y el poder de seducción y la gracia son sus adornos. Podríamos decir incluso que, al igual que la poesía, añadiendo a la palabra el encanto de la música, el metro y el ritmo, acrecienta su valor pedagógico y su capacidad de impactar nuestro espíritu, así también la naturaleza, dotando a la mujer de un rostro agraciado, una voz melodiosa y un cuerpo seductor, ha hecho que la disoluta tienda al placer y al engaño, y que la casta busque el afecto y la amistad de su esposo’²⁸.

Plutarco no claudica ante lo que Symonds calificaría de “*circumstances*”; antes al contrario, asume el reto intelectual de devolver tanto a la mujer como al amor y la amistad que brinda al hombre la dignidad que le corresponde, no sólo en estricta justicia, sino también en estricta lógica. Para él y desde su concepción todavía platónica del amor, las causas generadoras de Eros son comunes a ambos sexos; en sus cuerpos se descubren claras huellas del alma, y ambos despiertan por un igual aquellos bellos y sagrados recuerdos –la clásica *anámnesis* platónica- que conducen a los humanos, cuando han recuperado ya sus alas, hacia la Belleza divina:

‘En cierta pieza teatral se pregunta a un personaje ávido de placer si *Siente mayor inclinación por las mujeres que por los hombres* y éste responde que, *Allí donde anida la belleza, él es ambidextro...* ¿El enamorado de la belleza y del hombre, por contra, no adopta una actitud semejante frente a ambos sexos, sino que cree que el amor sentido por hombres o mujeres es, como sus vestidos, diferente?... Dicen, con razón, que la juventud es la “flor de la virtud”, pero es absurdo negar que la mujer de fruto alguno o tenga talento para alcanzarla’²⁹.

Para quien, como Symonds, intenta explicar la nobleza del Amor Griego a sus contemporáneos victorianos, equiparándolo al noble amor matrimonial e incluso

²⁸ 769 B-D.

²⁹ 767 A-B.

justificando que en Grecia fuera la pederastia la que recibía toda suerte de parabienes, la referencia al *Erótico* de Plutarco, donde precisamente se cotejan los amores pederástico y conyugal, era insoslayable. ¿Por qué silencio, pues, su tesis principal, lo reduce prácticamente a unas cuantas notas a pie de página y, una vez marginado, insiste en la lógica preeminencia del amor masculino, una “lógica” ya cuestionada en la misma Antigüedad? La altura intelectual de Symonds es indiscutible y su nobleza personal es evidente para cuantos se acerquen sin prejuicios a las memorias de su experiencia homosexual. ¿Por qué, pues, *A Problem in Greek Ethics* muestra un ejercicio tan interesado de la Filología? En mi opinión, al igual que le sucede a Clive Durham en *Maurice* de E. M. Forster³⁰, es tal el entusiasmo y emoción con que lee los testimonios de noble y altruista amor masculino legados por la Antigüedad Clásica y contenidos en excelentes textos literarios -paradigmas antiguos de una experiencia personal contemporánea, la suya, vivida también desde la nobleza- que sucumbe románticamente a su recuerdo y análisis poco críticos.

En efecto, se confirma en él la tendencia a servirse de Grecia para sancionar experiencias propias. Al fin y al cabo, Shelley ya había dicho: “*We are all Greeks*”³¹ y el mismo Symonds declaró que todas las naciones civilizadas eran “*colonies of Hellas*”³². Pero la decadencia del ensueño helénico en el siglo XX y el rigor de las ciencias aplicadas aclaró que, en lo tocante a los griegos, la predilección por la pederastia fue fruto de condicionantes sociales y no de una identidad sexual singular sentida como tal. Con todo, Symonds habla ya de las “*circumstances*” que convierten a la mujer en un ser “*uneducated and uninteresting*”, de la misma manera que comprende la incoherencia de un sistema educativo como el británico, basado en el internado y el *college* universitario, donde se lee y explica a Platón pero se abjura del componente homoerótico de su filosofía, cuando, siendo mundos masculinos encerrados en sí mismos equiparables al modelo griego, afloran espontáneamente episodios de amor entre alumnos y entre profesores y alumnos³³. ¿Lamenta la marginación victoriana de la mujer, real pese a su exaltación como madre y como ser augusto y venerable?³⁴ Explícitamente no, porque la situación, si se tiene en cuenta las palabras de la Charlotte Barlett de *A Room with a View* de E. M. Forster, parece desde luego insuperable:

“No es que las damas fuesen inferiores a los hombres; es que eran diferentes. Su misión era inspirar a los otros a llevar a término estas cosas, pero no hacerlas ellas mismas. Indirectamente, por medio del tacto y de un nombre inmaculado, una dama podía hacer mucho. Pero si se lanzaba a la brega personalmente, en primer lugar sería censurada, después despreciada y, finalmente, ignorada... Hay mucho de inmortal en esta dama de la Edad Media. Los dragones se han ido, y también los caballeros, pero ella ronda todavía entre nosotros. Reinaba en

³⁰ Al leer el *Fedro* de Platón: “*He saw his malady described exquisitely, calmly, as a passion which we can direct... towards good or bad*” (67). Y Symonds dice a su vez: “*Here in the Phaedrus and the Symposium –in the myth of the Soul and the speeches of Pausanias, Agathon and Diotima- I discovered the true liber amoris at last, the revelation I had been waiting for, the consecration of a long-cherished idealism... My soul was lodged in Hellas*” (Grosskurth, 99,286 y 103).

³¹ *Hellas*, preface.

³² Symonds, J. A., (1876) 2, 383.

³³ Véase Cruzalegui, P., (2002) 448-465.

³⁴ Sobre la mujer victoriana véase, por ejemplo: Hellerstein, E. O., (1981); Castero, S. P., (1982) y Lewis, J., (1991).

muchos de los castillos victorianos primitivos. Es tan bonito protegerla en los intervalos de los negocios, de honrarla cuando nos ha preparado una buena cena... Los hombres, al tiempo que declaran que ella los inspira, se mueven gozosos sobre la superficie, tienen los encuentros más placenteros con otros hombres, no porque sean hombres, sino porque son seres vivos”.

“It was not that ladies were inferior to men; it was that they were different. Their mission was to inspire others to achievement rather than to achieve themselves. Indirectly, by means of tact and a spotless name, a lady could accomplish much. But if she rushed into the fray herself she would be first censured, then despised, and finally ignored... There is much that is immortal in this medieval lady. The dragons have gone, and so have the knights, but still she lingers in our midst. She reigned in many an early Victorian castle, and was queen of much early Victorian song. It is sweet to pay her honour when has cooked our dinner well... Men, declaring that she inspires them to it, move joyfully over the surface, having the most delightful meetings with other men, happy, not because they are masculine, but because they are alive”³⁵.

Sin embargo, con seguridad es consciente de que, si la situación social y nivel de educación de la mujer hubiera sido otro, su matrimonio le hubiera resultado más soportable. En cualquier caso, su estudio del Amor Griego responde a intereses y propósitos muy distintos a los del *Erótico* de Plutarco³⁶. En suma, descubre como tantos otros antes y después de él que, en épocas difíciles en que la homosexualidad es menospreciada y catalogada como enfermedad, pecado, desorden psíquico y delito penado por la ley, la presentación del paradigma griego le permite autoexplicarse, autocomprenderse y autoredimirse. Y, ante semejante oportunidad, el rigor filológico pasa a ocupar un segundo plano, a mi entender desde un ejercicio intelectual mucho más *naïve* de lo que un severo crítico actual –y yo no pretendo serlo en modo alguno– puede suponer.

Bibliografía:

- . Buffière, F., *Eros adolescent. La pédérastie dans la Grèce Antique* (Paris: Les Belles Lettres, 1980).
- . Castero, S. P., *Substance or the Shadow: Images of Victorian Womanhood*. (New Haven 1982).
- . Cruzalegui, P., *La experiencia platónica en la Inglaterra decimonónica* (Oviedo: Septem Ediciones, 2002).
- . Dowling, L., *Hellenism and Homosexuality in Victorian Oxford* (Ithaca & London: Cornell Univ. Press, 1994).
- . Flacelière, R. *Plutarque. Dialogue sur L'Amour*. Paris: Les Belles Lettres, 1980
- . Flacelière, R., *L'amour en Grèce* (Paris: Hachette, 1971).
- . Forster, E. M., *Maurice* (London: Penguin Books, 1972).
- _, *A Room with a View* (London: Penguin Books, 1990).
- . Gilabert, P., *Plutarco. El Erótico. Diálogo filosófico sobre Eros o la confrontación de los amores pederástico y conyugal* (Barcelona: PPU, 1991).
- . Grosskurth, P., *John Addington Symonds, A Biography* (London: Longmans, 1964).
- _, *The Memoirs of John Addington Symonds. The Secret Homosexual Life of a Leading Nineteenth-Century Man of Letters* (New York: Random House, 1884).

³⁵ London: Penguin Books Edition (1990) 60-61.

³⁶ Véase Holliday, P. J. y Kemp, J. (2000) 81-101 y 55-61.

- . Halperin, D. *One Hundred Years of Homosexuality* (New York & London: Routledge, 1990).
- . Hellerstein, E. O. (ed.), *Victorian Woman. A Documentary Account of Women's Lives in Nineteenth-Century England, France, and The United States* (Brighton. Harvester, 1981).
- . Holliday, P. J., "Symonds and the Model of Ancient Greece", in *John Addington Symonds. Culture and the Demon Desire*, ed. J. Pemble Basingstoke & London: Macmillan Press, 2000) 81-101.
- . Kemp, J. "A Problem in Gay Heroics: Symonds and l'Amour de l'impossible", in *John Addington Symonds. Culture and the Demon Desire*, ed. J. Pemble Basingstoke & London: Macmillan Press, 2000) 50-61.
- . Lewis, J., *Women and Social Action in Victorian and Edwardian England*. (Aldershot: Elgar, 1991).
- . Marrou, H. I., *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité* (Paris: Editions du Seuil, 1948).
- . Sergeant, B. *L'homosexualité dans la mythologie grecque* (Paris: Payot, 1984).
- . Symonds, John Addington., *A Problem in Greek Ethics (Being an Inquiry into the Phenomenon of Sexual Inversion, Addressed Especially to Medical Psychologists and Jurists)* (New York: Haskell House Publishers, 1971).